

## Palabras del profesor Antonio Aranda en la Investidura de Doctores, junio de 2011

1. En este solemne marco académico, y siguiendo el tradicional orden de rotación entre los diversos centros de la Universidad, ha correspondido este año a un profesor de la Facultad de Teología apadrinar la nueva promoción de doctores procedentes de diversos campos humanísticos y científicos, y pronunciar unas palabras ante tan selecto grupo y ante el distinguido público que nos acompaña. Es realmente un honor para mí haber recibido tan amable encargo.

La Universidad de Navarra, por su honda inspiración cristiana, aun siendo esencialmente un ente dedicado a la investigación y a la docencia de los saberes seculares o civiles, quiso incluir entre sus centros –como otras universidades prestigiosas de todo el mundo– una Facultad de Teología. La idea de fondo para su creación, promovida por su fundador y primer gran canciller, san Josemaría Escrivá, era y es la de facilitar un diálogo serio y creativo entre la fe y la razón, ejercitadas ambas a la máxima altura. Con profundo respeto a la libertad de profesores, empleados y alumnos en materia religiosa, esta Universidad defiende la presencia en ella de la Teología cultivada con auténtico nivel universitario, como requisito para el avance hacia una síntesis intelectual de primer orden.

Con este presupuesto, y sabiendo por mi experiencia docente que sería una cuestión interesante para muchos de Vds. –aunque quizás no para todos, por lo que me adelanto a pedir disculpas–, ya desde que me fue comunicado el encargo tuve *in mente* el tema sobre el que me gustaría tratar. No es otro que el de la *identidad cristiana*, al que tanta atención viene prestando la Iglesia en estos últimos años, siguiendo primero las orientaciones del recién beatificado Papa Juan Pablo II y ahora las del Papa Benedicto XVI. Es, sin duda, un tema vivo, actual e importante desde el punto de vista intelectual. Podría concretarse en unas pocas preguntas que, van a estar implícitamente presentes en mis palabras: ¿Qué es lo específico del cristianismo? ¿Qué elementos principales han de configurar, por tanto, la actitud creyente? ¿Qué significa, en definitiva, que una persona –en su entendimiento, en su capacidad de amar, en su libérrima actuación– sea y se comporte como un discípulo de Cristo en medio de una sociedad pluralista? Miremos un poco más de cerca la cuestión.

2. Hace algunos años pronunciaba el Cardenal Ratzinger en Austria un interesante discurso, ante los obispos de las comisiones doctrinales de las diferentes Conferencias episcopales europeas. El tema era: “*Actuales dificultades para la fe en Europa*”. Tras un inteligente análisis de los problemas actuales y de sus motivaciones profundas, proponía el Cardenal una tesis que cabría sintetizar así: la actual crisis cultural y religiosa de occidente exige una verdadera renovación intelectual y vital entre los católicos, un nuevo despertar: no una simple reacción de defensa frente los problemas, sino un retomar la iniciativa para hacer patente ante la sociedad que la fe cristiana es la alternativa que el mundo espera. Ese es el desafío que tiene planteado el cristianismo, o mejor dicho los cristianos de este tiempo, y, en consecuencia, esa es también su gran responsabilidad. En realidad, se debe decir con voz alta que ésta en la que estamos es la hora de los cristianos.

Es cierto que la aceptación de la doctrina de fe y de la vida cristiana coherente tropieza con graves dificultades en el contexto cultural occidental. La actitud y la línea de respuesta que postulaba el Cardenal Ratzinger para superarlas consiste en tratar de presentar la lógica de la fe en su conjunto, es decir, la lógica de la experiencia cristiana, en la que se contempla la fe no sólo como aceptación intelectual de la verdad revelada sino también como vida vivida, como sincero seguimiento personal de Jesucristo. Bajo esa perspectiva, la lógica de la fe es

más bien la lógica de la unidad de vida del cristiano: coherente unidad entre lo que se cree y lo que se vive, unidad entre amor a Dios, amor a los hombres y amor al mundo.

Desde esa base despliega también el pensamiento cristiano su *logos*, que junto a razones comunes a todo pensar humano posee además leyes internas propias, como son: la centralidad de Jesucristo, Dios y Salvador; el amor a la verdad; la afirmación de la continuidad entre conocimiento de fe y conocimiento racional; la defensa de la dignidad de la persona desde su concepción hasta su muerte; el compromiso de solidaridad con todos, especialmente con los más débiles; el deber de servicio a la sociedad en la que se vive, etc., etc. El reto de vivir como cristianos y de presentar ante los demás el significado de la propia identidad cristiana consiste, en cierto modo, en saber mostrar la imponente fuerza humanizadora de la unidad de vida, como unidad en el sujeto entre fe creída y existencia cotidianamente vivida.

3. Uno de los textos mejor estudiados y más largamente meditados por el pensamiento cristiano en sus veinte siglos de actividad filosófica y teológica, es el Prólogo del IV Evangelio. No obstante su brevedad, esos dieciocho primeros versículos del capítulo primero de San Juan han dado origen a una amplia e importante bibliografía, pues no en vano en ese pequeño pasaje se contienen algunas de las verdades más profundas de la fe cristiana.

En él viene revelada una verdad que Juan Pablo II –con autoridad doctrinal pero también con agudeza teológica– no dudó en calificar como la más profunda que le ha sido dada a conocer al hombre respecto a la vida, formulación en verdad interesante viniendo de él. Tal verdad suena sencillamente así: “*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1, 14). El comentario completo del Papa fue éste: “El Verbo eterno de Dios se ha hecho hombre: la Verdad y la Vida eterna se ha acercado a nosotros haciéndose vida humana, y por lo mismo haciéndose también donación hasta la muerte. He aquí, traducida en enseñanza real, la verdad más profunda que le ha sido dado a conocer al hombre respecto a la vida” (*Discurso* en la audiencia de 14-IV-1981, en *Insegnamenti* IV/I, 940).

Sobre esta verdad de la Encarnación del Hijo de Dios –punto principal de la confesión cristiana de fe, verdadero fundamento de cuanto cree y anuncia la Iglesia– habría muchas cosas que decir, muchos argumentos que desarrollar. Si la mencionamos ahora es, precisamente, por el convencimiento de que en ella se hallan las claves del sentido cristiano del hombre y de su existencia.

4. Una experiencia que todos compartimos es la contemplación del paisaje durante la salida del sol al amanecer. Antes de esos momentos todo permanece envuelto por la oscuridad, y la ausencia de luz oculta también la belleza que nos rodea, pues en las tinieblas no son perceptibles la perfección, ni la proporción, ni el esplendor de las cosas. Sin embargo, cuando aparece en el horizonte la luminosa presencia del sol todo se transforma. La tierra muestra sus hermosos perfiles, la vegetación su colorido, las distancias su proporción, ... La luz del sol hace posible el milagro de la belleza y la pone ante nuestros ojos y nuestro espíritu. Ya antes se encontraba allí, pero sin el resplandor del sol no la hubiéramos percibido.

El Prólogo del evangelio de San Juan viene a decir que en el horizonte de la existencia del hombre sobre la tierra ha encendido Dios la poderosa luz de Jesucristo. Y que contempladas bajo el fulgor de su belleza la existencia individual y colectiva de los hombres, las relaciones interpersonales, la entera creación, dejan atrás toda suerte de tinieblas y son capaces de mostrar la armonía con la que fueron concebidas por la amorosa Sabiduría de Dios. Bajo la luz de Jesucristo el hombre y su mundo, sin dejar de ser lo que son, alcanzan su pleno sentido y muestran su verdadera condición: ser un testimonio viviente de la Bondad, la Verdad y la Belleza de Dios: un testimonio de su gloria. Así lo escribía ya san Ireneo en el

siglo II: “Gloria de Dios es el hombre viviente” (*Adversus haereses*, IV, 20, 7), y así lo ha entendido siempre el pensamiento cristiano.

En el Discurso antes citado añadía también Juan Pablo II esta idea: “Cristiano es quien libre y gozosamente imprime a la propia existencia el nuevo ritmo que la venida de Cristo ha dado a la vida humana” Y terminaba exhortando a los presentes de esta manera: “Tened siempre la valentía de emplear así vuestra libertad, dejando que en vuestra existencia – inteligencia, sensibilidad, afectos– pulse este nuevo ritmo de vida inaugurado por el Hijo de Dios hecho hombre”.

Si esa es la condición de fondo de la existencia cristiana, cabe deducir que la principal aportación de los cristianos a la convivencia social estribará en vivir en pleno acuerdo con tal convicción. En realidad, desde el comienzo del cristianismo rige el principio de que la función social primordial de los creyentes consiste en manifestar públicamente su sentido de la persona y de la existencia humana individual y colectiva, conforme al modelo de Jesucristo. Al cristiano se le pide la audacia –ciertamente modesta, pero audacia– de asumir, como señalaba Juan Pablo II, aquel ritmo impuesto por el Hijo de Dios hecho hombre y mostrarlo con valentía a la sociedad para tratar de moverla a emulación, según la expresión paulina (cfr. Rom 11, 11-14).

5. Asistí hace ya muchos años –era yo un doctorando de nuestra naciente Facultad de Teología– a las clases de un ilustre biblista dominico, hebreo de raza, del que guardo el siguiente recuerdo. Él ansiaba, al igual que San Pablo, la conversión de su pueblo, y buscaba también por todos los medios dar a conocer la fe cristiana y despertar así entre algunos de los suyos cierta emulación. Y confesaba que llevaba como clavada en su alma aquella frase que el Señor dirigió a la ciudad que le iba a rechazar: “¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste. Mirad que vuestra casa se os va a quedar desierta. Os aseguro que no me veréis hasta que llegue el día en que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor*” (Lc 13, 34-35).

Estas últimas palabras: “Os aseguro que no me veréis hasta que llegue el día en que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor*”, herían y al mismo tiempo consolaban el corazón de aquel profesor, y le ayudaban a continuar con su tarea de testimoniar entre los hombres, en particular entre los de su raza, a Jesucristo. Pero añadía una idea más. La emulación que deseaba provocar entre los suyos sólo podría despertarse, a su entender, a partir de la comparación entre su forma de vida (sus valores, sus virtudes, sus proyectos...) y la existencia cotidiana de los cristianos. Al comprobar la caridad con todos que mueve a los creyentes en Cristo, su respeto por la dignidad de cada persona, la calidad de su amistad, el valor de su trabajo santificado, su sentido de la solidaridad..., brotaría en sus hermanos de raza –así lo consideraba aquel profesor– la persuasión de la grandeza de la existencia humana cuando se vive bajo la luz de Cristo. Esto es, volviendo ahora a la idea antes mencionada, cuando se acepta el ritmo que Él le ha impuesto.

Esa misma convicción cristiana pide ser oportunamente proyectada hoy sobre las personas y las sociedades que se han alejado de Cristo o no le han conocido de cerca. Proyectada, ¿de qué modo? Principalmente –lo señala el Evangelio– a través de las actitudes y las obras de los cristianos, que dan razón de la verdad de Dios y del hombre: “Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos” (Mt 5, 14). Proyectar esa luz es un modo de servir eficazmente a la sociedad y es también, al mismo tiempo, para los cristianos un deber cuyo cumplimiento necesita el fundamento de la íntima seguridad de cada conciencia creyente, plenamente

inserta en la sociedad de su tiempo –nada hay tan alejado de la conciencia cristiana como el aislamiento del mundo en el que vive–, de saberse portadora entre sus contemporáneos de un excelente mensaje sobre el significado del hombre y de la vida: un mensaje que todos tienen derecho a conocer y que merece ser, por esa razón, públicamente proclamado. Eso requiere que haya cristianos dispuestos y capacitados para hacerlo en los distintos ámbitos de la sociedad.

Termino ya estas palabras. Hace unos años, el Papa Juan Pablo señalaba –precisamente en España, y ante un grupo de teólogos españoles– que la situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciadas por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, la cuestión de Dios. Y exhortaba a la elaboración de un pensamiento cristiano creativo capaz de responder de nuevo, significativamente, a la pregunta de qué es el hombre. Un pensamiento de esas características –que es siempre también atrayente desde el punto de vista intelectual, como testimonia la historia de la cultura europea–, pide intercambio de reflexiones, interdisciplinariedad, entre la teología, la filosofía y las ciencias. ¡Quiera Dios que muchos intelectuales cristianos, entre ellos los que nos encontramos aquí, se sientan interpelados por esa tarea, y quieran aceptar desde su propio terreno personal y profesional ese gran desafío!

Antonio Aranda